

# Editorial

Este número aparece en medio de la pandemia del COVID 19. Un evento biopolítico presuntamente local (originado en un mercado de animales vivos de la ciudad de Wuham, China) irrumpe los discursos burocratizados de las crisis recurrentes del sistema mundial y se afirma como un acontecimiento planetario.

Rápida y sigilosamente se infiltra en el sistema nervioso de la complejidad social tan sensible como aún impensada, atraviesa sin pausa y tregua los discursos adormecedores de los periodistas que no disimulan sus muecas de incoherencia, desconcierto, incredulidad, incertidumbre, desorientación, miedo y angustia.

Al principio, las estadísticas envuelven el planeta, no así la imperiosa reflexividad sobre el acontecimiento mismo. A medida que la pandemia avanza comienza a percibirse que el acontecimiento global atraviesa todas las dimensiones de la realidad humana, se hace cotidiano, íntimo, inteligente, monstruoso y la política comienza a improvisar posibles soluciones consultando a los científicos, pero estos se hallan tan perplejos como todos los demás. Ambos, el político y el científico descubren que el acontecimiento está fuera de norma, es e-norme, porque no se cuenta con los conocimientos, los equipamientos, la organización y las instituciones para dar una rápida solución a semejante evento, pero el punto es más profundo porque los recursos potencialmente existen, al menos para las respuestas más urgentes, pero no la organización acorde a la complejidad del asunto.

Muy pronto se aprecia el costo, las muertes crecen velozmente, las comparaciones estadísticas con antecedentes históricos de otras pandemias y enfermedades intentan banalizar los hechos. Pero la saturación de las morgues y los cementerios muestran en tiempo real que la pandemia no es la novedad, sino lo que ella revela por primera vez a escala mundial. Ni el mercado, ni los estados, ni la dirigencia política ni la tecnocracia, ni la intelligentsia que cada una por su lado se arrogaban hasta entonces, el control local y global de los sucesos, pueden con ello, todos se asocian por primera vez, en una perplejidad generalizada.

Aparecen argumentos con intentos tan balsámicos como tenebrosos afirmando que los muertos no son una novedad porque otros acontecimientos fueron más

mortíferos y las soluciones mágicas están al orden del día. El discurso populista parece confundirse con el mágico que, a veces, se solapa con el tecnológico, se anuncian curas posibles y hasta vacunas inmediatas. Pero el tiempo y la velocidad del acontecimiento montado sobre la dinámica de la complejidad planetaria del desorden humano muestra que esas comparaciones son superfluas, mientras tanto la cuarentena se hace relativamente planetaria y la falta de una gobernabilidad acorde a la escala del desafío es tan evidente como el silencio de la mayoría de los agentes de las organizaciones internacionales. “Quédate en casa” (todo un privilegio en las sociedades del presente) y la palabra “test” son las únicas y pobres consignas que circulan por el mundo.

El miedo colectivo se transforma en una parálisis ominosa y la desesperación privada en una angustia sórdida. Comienza lentamente a evidenciarse que no hay certezas en el horizonte inmediato, pero también se experimentan procesos inéditos de organización humana. A medida que avanza la cuarentena y el reino de las estadísticas, la ansiedad habla el lenguaje de la pos(t)pandemia deseada. El mercado se paraliza relativamente y los estados comienzan a hacer anuncios impensados meses atrás. Pero la pandemia parece encarnizarse con los excluidos, los ancianos, los enfermos y los marginados.

La discusión entre sostener la cuarentena y levantarla para evitar la crisis económica no se hace esperar, cada uno elige uno de los extremos y las estadísticas dirimen los resultados a futuro. Mientras tanto, los escépticos y los utopistas discuten qué pasará con el futuro de la humanidad ¿volverá a ser como antes de la pandemia? ¿Al fin se pegará un salto de calidad hacia un mundo mejor? Nada cambiará luego que el “accidente” se disipe dicen los más conservadores y poderosos. Entre la visión conservadora, que niega el poder profundamente reconfigurador de la pandemia, y la visión quimérica, que propone un año cero de la historia, se anuncia algo más preciso, el acontecimiento de la pandemia desnuda la fragilidad de la complejidad humana, la relación entre fragilidad y complejidad se hace evidente, la interdependencia entre todas las dimensiones humanas y la nueva escala de la relación entre la humanidad y el planeta se singulariza en cada miembro de la especie de forma pánica, pero no menos objetiva. Junto a esta fragilidad, descubrimos cuánto ignoramos y al mismo tiempo, experimentamos el protagonismo del error individual y colectivo, tanto científico como político.

Entre la consigna “todos en casa” y “test para todos” hay un vacío de solidaridad y reflexividad estratégica sorprendente, mientras tanto, se realizan campañas espaciales y vueltas audaces a una “nueva normalidad” que nadie puede descifrar. Pero la cifra de la complejidad es la fragilidad de un sujeto impensado que emerge en medio del miedo y la lucidez, el sujeto humanidad, el nombre “genérico” del habitante de la casa común. Contexto real que se revela a medida que se desmorona un mercado anémico y una tecnocracia anónima, emergen en forma desordenada pero firmes los gérmenes de nuevas posibilidades donde conservar es revolucionar y revolucionar es cuidar. La comunidad que resiste al miedo y lo transforma en prudencia solidaria se sitúa por delante de la impericia política o, como puede observarse también, acompaña voluntariamente a la política pertinente. Más allá de ello y las incertidumbres presentes, un horizonte planetario se revela cada vez más con mayor evidencia.

La necesidad de una civilización planetaria se reconoce en el hecho concreto de que la mayoría de los conflictos, de los problemas y desafíos del presente son fenómenos interiores y corresponden a un mundo satelizado y errante. Las diferencias económicas, políticas, religiosas, nacionales, raciales e ideológicas se han acentuado, pero a su vez están siendo absorbidas en el movimiento interdependiente y complejo de acontecimientos planetarios.

Las diferencias entre oriente y occidente, el norte y el sur, las derechas y las izquierdas, lo artificial y lo natural, la conservación y la revolución, el socialismo y el capitalismo, la paz armada y la guerra fría, los colores de los hombres, la pobreza y la riqueza, lo local y lo global, la salud y la enfermedad, el empleo y el desempleo, recorren y son recorridas por una mutación radical que encierra una crisis de escalas sin precedentes: cambios de signos y de tiempos.

El principio mismo y el significado de estas diferencias transitan por una dimensión borrosa y discontinua. Dos elementos de esa mutación se retroalimentan entre sí: la complejidad de la planetarización y la planetarización de la complejidad. Esta retroalimentación demanda una sincronicidad inédita entre la diversidad de acciones, decisiones y responsabilidades locales en un contexto de fragilidad global. Pero la incertidumbre es el signo de lo posible, para bien o para mal. Un fantasma aparece en medio de este desafío, la sombra del estado totalitario o tal vez, una nueva especie, un estado “totalizante” que envuelva la fragmentación tecnocrática de las

comunidades transformadas en ghettos preventivos, donde los derechos sociales y políticos de la modernidad se evaporen al ritmo de los decretos de necesidad y urgencia.

*El Director*